

LECTIO DIVINA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS EN LOS ESCRITOS DEL BEATO JOSEMARÍA

GERALDO MORUJÃO

1. INTRODUCCIÓN

Cualquier persona que, dotada de un poco de cultura bíblica, lea los escritos del Beato Josemaría Escrivá, fácilmente se da cuenta de las frecuentes referencias, citaciones explícitas o implícitas de gran parte de los libros de la Sagrada Escritura¹. También puede notar como el ideal, propuesto por el Concilio Vaticano II, de que «toda la predicación de la Iglesia tiene que alimentarse con la Escritura y por ella debe ser orientada»², se encuentra bellamente plasmado en los escritos que dejó. A su vez, el estudioso de la Biblia puede apreciar que sus escritos pastorales están impregnados de resonancias bíblicas, y respiran la suave fragancia de la Palabra de Dios viva, contenida en las Escrituras. Desde los más antiguos, como *Camino*³, hasta las publicaciones más recientes, como *Es Cristo que pasa* y sus obras póstumas, *Amigos de Dios*, *Surco* y *Forja*. En estas cinco obras se centra el presente estudio.

1. Las recientes ediciones de los escritos espirituales del Beato Josemaría que hemos analizado aparecen enriquecidas con unos índices finales de las citas (explícitas e implícitas) de las Sagradas Escrituras, además de las citas en pie de página en los libros de Homilías, *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*. En estos índices hemos contado el número siguiente de citas, así distribuidas:

Camino: 32 citas del A.T. (15 de los Salmos) y 161 del N.T. (121 de los Cuatro Evangelios).

Surco: 24 citas del A.T. (9 de los Salmos) e 167 del N.T. (81 de los Cuatro Evangelios).

Forja: 46 citas del A.T. (19 de los Salmos) y 217 del N.T. (162 de los Cuatro Evangelios).

Es Cristo que pasa: 97 citas del A.T. (40 de los Salmos) y 450 de N.T. (262 de los Cuatro Evangelios).

Amigos de Dios: 90 citas del A.T. (29 de los Salmos) e 402 del N.T. (255 de los Cuatro Evangelios).

2. *Dei Verbum*, n. 21.

3. Cfr. J. MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid 1989, p. 16: «Camino forma parte de una tradición espiritual que arranca del mismo Evangelio».

El Beato Josemaría, aunque poseedor de una sólida y profunda formación y cultura teológica⁴, no era ni un teólogo ni un exégeta de profesión. Fue un pastor verdaderamente santo, que vivió una vida teologal intensa y singularmente rica. Esta vida teologal, donde sea que se encuentre, «es siempre, para el teólogo de oficio, un *locus*»⁵; y, en nuestro caso, el hecho de que la Iglesia lo beatifique, lo convierte en un paradigma. Ahora bien, los Santos —según afirma Santo Tomás— al ser movidos por el mismo Espíritu Santo, que inspiró las Escrituras, son para nosotros una referencia importante para el entendimiento de las mismas Escrituras⁶. En verdad, «las palabras de Dios, los textos sagrados, sólo son verdaderamente captados en su sentido profundo cuando son *vividos* en un espíritu de búsqueda sincera y apasionada de la santidad cristiana. Es cuando, y sólo entonces, que se produce la sintonía con el Autor y los autores de la Escritura, a través de ese vehículo del Texto sagrado»⁷.

Según ha recordado la Pontificia Comisión Bíblica⁸, la interpretación de la Biblia, aunque sea «una tarea particular de los exégetas, tampoco les pertenece como un monopolio, pues en la Iglesia esa interpretación presenta aspectos que van más allá del análisis científico de los textos»; y el mismo documento de la Comisión Bíblica subra-

4. Era Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Lateranense y miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología. Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 1980, p. 95: «No abandonó la lectura de los autores clásicos y de los libros de ciencias religiosas. Fue un gran apasionado de los tratados de Teología dogmática. También le atraía la Patrística, que conocía desde muy joven y que tanto empleaba en sus enseñanzas. Ha sido éste uno de los consejos que daba a los sacerdotes: que buscasen, para su predicación, textos de la Escritura y de los Padres; y también de la literatura profana, que pudiesen aplicarse a la realidad cotidiana de la vida espiritual».

5. A. GARCÍA-SUÁREZ, *Existencia secular cristiana. Notas a propósito de un libro reciente*, «Scripta Theologica» II, 1 (1970) 145. Cfr. tb. G. ARANDA, *Gen 2-3 en las Homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica» XXIV, 3 (1992) 895.

6. S. THOMAS AQUINATIS, *Super Evangelium S. Ioannis Lectura*, Torino 1952, n. 2321: «Dicta et præcepta sacræ Scripturæ ex factis sanctorum interpretari possunt et intelleguntur, cum idem Spiritus Sanctus qui inspiravit Prophetis et aliis sacræ Scripturæ auctoribus, moverit sanctos ad opus. Nam, sicut II Petr I, 21 dicitur, *non enim voluntate humana allata est aliquando prophetia, sed Spiritu sancto inspirati locuti sunt sancti Dei homines*, ita Rom VIII, 14, *quicumque enim Spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei*, sic sacra Scriptura intellegenda est secundum quod Christus et alii sancti servaverant». Cfr. M.A. TABET, *Una introducción a la Sagrada Escritura*, Madrid 1981, p. 45: «Dios ha dado a algunos hombres luces especiales para extraer del manantial de las divinas palabras un gran contenido, no sólo para llenar su propia vida espiritual, sino también para dar a otros hombres: como los Padres, que sacaron tal abundancia de esas aguas, que la Iglesia siempre ha bebido sin agotarlas». Cfr. tb. IDEM, *La lectura cristiana de la Biblia según Santo Tomás*, «Scripta Theologica» XI, 1 (1979) 197-229.

7. J.M. CASCIARO, *Exégesis bíblica, hermenéutica y teología*, Pamplona 1983, p. 215.

8. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Libreria Editrice Vaticana, 1993, IV parte.

ya que la Iglesia acoge la Biblia como «Palabra de Dios que se dirige a ella y al mundo entero en el tiempo presente», por eso, entre «los diversos modos de utilizar los textos inspirados», habla de la «*lectio divina*», «una lectura (...) de un pasaje más o menos extenso de la Escritura acogida como Palabra de Dios y que se desenvuelve bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación»⁹.

La Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación del Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, al hablar de la «Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia», no se refiere explícitamente a la *lectio divina*, pero habla de una lectura que va más allá de la sencilla «lectura espiritual», pues alude a un tipo de lectura donde entran los elementos que es costumbre considerar como aquellos que integran la llamada *lectio divina*; o sea:

a) una lectura que es *oración*, esto es, diálogo entre Dios —que habla en la lectura— y el hombre que responde, en un circuito de perfecta comunicación, que hace posible la misma: «la lectura de la Sagrada Escritura debe ser acompañada de la oración, a fin de que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues “a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras”»¹⁰;

b) una lectura en que el lector toma conciencia de que está siendo *interpelado por Dios*, «que en las palabras de los Apóstoles y de los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo»¹¹, pues debe leer la Escritura «con aquel mismo Espíritu con que fue escrita»¹², esto es, consciente de que el Espíritu Santo, que inspiró el texto, sigue actuante inspirando y moviendo al lector¹³, y de que «el Padre que está en los cielos viene amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos (...), por eso, se deben aplicar por excelencia a la Sagrada Es-

9. *Ibid.*, IV parte C, 2. Cfr. un intento de definición descriptiva de «lectio divina» en L. BOUYER, *Parola, Chiesa e Sacramenti nel Protestantismo e nel Cattolicesimo*, Brescia 1962, p. 17: «es una lectura personal de la Palabra de Dios, por medio de la cual nos esforzamos por asimilar su substancia; una lectura que se hace en la fe, en espíritu de oración, creyendo en la presencia actual de Dios que nos habla en el texto sagrado, mientras nos esforzamos por estar presentes nosotros mismos, en espíritu de obediencia y de completa entrega tanto a las promesas como a las exigencias divinas».

10. *Dei Verbum*, n. 25: «meminerint autem orationem concomitari debere Sacra Scripturae lectionem, ut fiat colloquium inter Deum et hominem; nam “illum alloquimur, cum oramus; illum audimus, cum divina legimus oracula”»; son aquí citadas las palabras de SAN AMBROSIO, *De officiis ministrorum* I, 20, 88 (PL 16, 50), que es uno de los primeros Padres que usa la expresión que habría de hacerse famosa: «lectio divina» («*divinae*» *pabulo* «*lectionis*» *intentus*).

11. *Ibid.*, n. 21.

12. *Ibid.*, n. 12. Téngase en cuenta la mayúscula del original latino, que infelizmente algunas traducciones no respetan, alterando así el sentido.

13. Cfr. ORÍGENES, *In Ezechielem*, Homilía IV, 5 (PG 12, 320): «Debe estar lleno del Espíritu Santo el que lee las Escrituras, porque sólo así las puede comprender».

critura aquellas palabras: “la Palabra de Dios es viva y eficaz y tiene fuerza para edificar...”¹⁴, de tal modo que la lectura lleve a un compromiso con el amor gratuito de Dios que viene a nuestro encuentro;

c) «una lectura asidua de las divinas Escrituras con el objetivo de aprender “la sublime ciencia de Jesucristo” (Flp 3, 8), pues “desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo”»¹⁵, de tal modo que esta lectura se convierta *en una búsqueda de Cristo, un seguimiento y una identificación con Él*, que es «el centro», la cumbre y «el corazón» de toda la Revelación y de toda la Escritura¹⁶; además, como dice Hugo de San Víctor, «toda la divina Escritura es un solo libro, y este único libro es Cristo»¹⁷.

La *lectio divina*, fuertemente arraigada en la lectura de la Biblia, que hicieron los Padres de la Iglesia¹⁸, ha sido una práctica común y fundamental en la vida y en la espiritualidad monástica¹⁹, y, en la actualidad, ha venido a ser promovida²⁰ con propuestas de métodos. Éstos se pueden resumir en los que apunta el referido documento de la Pontificia Comisión Bíblica: lectura, meditación, oración, contemplación.

Este trabajo pretende, por una parte, estudiar hasta qué punto la lectura que el Beato Josemaría hace del texto bíblico corresponde a la llamada *lectio divina* de la Escritura y, por otra, busca poner de relieve las

14. *Dei Verbum*, n. 21.

15. *Ibid.*, n. 25; cfr. SAN JERÓNIMO, *Comm. In Is*, Prol. (PL 24, 17). A su vez, San Buenaventura, en el *Breviloquium*, dice: «De este conocimiento de Jesucristo, como principio original, depende la recta comprensión de toda la Sagrada Escritura» (*Opera omnia*, 5, 201).

16. Cfr. *Dei Verbum*, n. 4; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 113: «Según un adagio de los Padres, “Sacra Scriptura principalis est in corde Ecclesiae, quam in materialibus instrumentis scripta” (La Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos)».

17. HUGO DE SAN VÍCTOR, *De arca Noe*, II, 8 (PL 176, 624). Recuérdese, a propósito, lo que dice SAN AGUSTÍN, *In Ioh. Ev. Tractatus*, 9, 3: «Si leéis todos los libros proféticos y no descubríis en ellos a Cristo, nada encontraréis tan insípido y banal. Mas, si encontráis en ellos a Cristo, lo que leáis no sólo tendrá sabor, sino que incluso os embriagará».

18. Cfr. A.G. AMMAN, *Lire la Bible à l'École des Pères. De Justin Martyr à S. Bonaventura*, Migne, París 1997; *Écriture et vie spirituelle*, en «Dictionnaire de Spiritualité» 4 (1960) 128-278; B. DE MARGERIE, *Introduction à l'histoire de l'exégèse*, vols. 1-3, París 1980-1983.

19. Cfr. CH. DILLON, *Lectio divina in the monastic tradition*, en «Cistercian Studies Quarterly» 34 (1999) 311-320; P. ROOSE, *Lectio divina among the monks*, «Communio» (US) 13 (1986) 368-377; G.E. COLOMBÁS, *Espiritualidad beneditina*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, vol. 4, p. 16: «El monje escucha largas lecturas de la Biblia en la Iglesia y en el refectorio; lee y medita sus textos o sus comentarios durante varias horas diarias. La palabra de Dios constituye, según la Regla, el alimento principal y más abundante de su alma».

20. Cfr. M. MASINI, *La lectio divina*, Madrid 2001; ID., *Spiritualità biblica. Temi e percorsi*, Milano 2000; M. MAGRASSI, *Lectio divina*, en Ermano ENCILLI (dir.), *Diccionario de espiritualidad*, vol. 2, Barcelona 1987, pp. 468-471; C.M. MARTINI, *La práctica de la lectio divina en la pastoral bíblica*, «Revista Bíblica» 54 (1992) 85-96; C. CHARLIER, *La lettura cristiana della Bibbia*, Roma 1956.

coordenadas orientadoras de su lectura, de manera que puedan servir de ejemplo para una lectura de la Biblia²¹ que corresponda a las indicaciones que el Concilio Vaticano II hace a los pastores y restantes fieles²².

2. LA SAGRADA ESCRITURA COMO PRINCIPIO FONTAL DEL DISCURSO

Antes de seguir, quiero señalar el hecho de que el mismo nombre, con que la Sagrada Escritura es designada por el Beato Josemaría, es siempre una forma con que los Padres de la Iglesia la designan; o sea: «la Escritura», «la Santa Escritura» o «la Escritura Santa»²³, tanto para referirse a los libros del Antiguo Testamento, como a los del Nuevo o simplemente a los Evangelios. No deja de ser interesante señalar que jamás utiliza el nombre «Biblia», una designación tardía de los escritores eclesiásticos latinos, que parece connotar más la materialidad del escrito, «libro» o «libros»²⁴, como «letra muerta»; en efecto, incluso en este detalle, pequeño, pero no insignificante, se manifiesta su actitud fundamental de respeto y fidelidad a la Palabra de Dios y su convicción de que, según el adagio de los Padres, «la Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia, que en la materialidad de los libros escritos»²⁵.

Su manera de encarar los Libros Santos es la de una profunda visión de fe, que ve en ellos la obra del Espíritu Santo, que los ha inspirado, más aún, la misma voz del Espíritu Santo dirigiéndose al alma del lector, por medio de las palabras inspiradas²⁶; por eso, con una

21. Cfr. S. AUSÍN, *La lectura de la biblia en las «Homilias» del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica» 25 (1993) 191-220: «sus obras son un espléndido paradigma de lectura cristiana de la Biblia» (p. 192).

22. Cfr. *Dei Verbum*, n. 21-26.

23. Cfr. por ejemplo: *Camino*, n. 325, 342, 362, 586, 842; *Surco*, n. 501. 541. 542. 786; *Forja*, n. 105, 274, 632, 655; (en el n. 754 de *Forja*, dice «Texto Santo»).

24. En efecto, «Biblia» es la latinización de la palabra griega «τὰ βιβλία» (los libros), el plural del nombre neutro «biblîon» (libro).

25. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 113. En este sentido, también se verifica en la lectura que el Beato Escrivá hace de la Escritura, una indefectible fidelidad a la Iglesia, como preconiza el Papa Juan Pablo II: «ser fiel a la Iglesia, en efecto, significa situarse en la corriente de la gran Tradición que, bajo la orientación del Magisterio, cierto de una especial asistencia del Espíritu Santo, ha reconocido los escritos canónicos como Palabra de Dios dirigida a su pueblo, y nunca cesó de meditarlos y de descubrir sus inagotables riquezas» (JUAN PABLO II, *Discurso de 23-IV-1993*).

26. Cfr. *Dei Verbum*, n. 11: «...id, quod auctores inspirati seu hagiographi asserunt, retineri debeat assertum a Spiritu Sancto...»; n. 21: «...cum a Deo inspiratæ et semel pro semper litteris consignatæ, verbum ipsius Dei immutabiliter impertiant, atque in verbis Prophetarum Apostolorumque vocem Spiritus Sancti personare faciant». SAN HILARIO DE POITIERS decía: «Todas las palabras de Dios contenidas en la Escritura (...) están llenas del Espíritu Santo» (*In Psalmum 118*, en PL 9, 615-616).

cierta frecuencia, se refiere a la Escritura con expresiones tales como «palabras del Espíritu Santo», o similares²⁷. Partir de este punto de vista, como los Padres de la Iglesia y con ellos, se lanza —«sediento»— a descubrir la riqueza que se encierra en el «tesoro» de cada una de las palabras del Señor²⁸.

Digo «la Escritura como principio frontal», evitando hablar simplemente del «uso», «utilización», «recurso», o «citas» de la Escritura, pues para el Beato Josemaría ella no es nunca un sencillo punto de referencia, un frecuente recurso retórico erudito donde apoyar o reforzar el desarrollo de su pensamiento. Con perspicacia, observó Mons. Álvaro del Portillo que, en sus escritos el texto de la Escritura «no es nunca un texto para la erudición, ni un lugar común para la cita; cada versículo ha sido meditado muchas veces y, en esa contemplación, se han descubierto luces nuevas, aspectos que durante siglos habían permanecido velados»²⁹.

En general, pero de modo particular en las Homilías, la Escritura no aparece simplemente como la guía y la pauta de su discurso, sino ante todo como el alma que lo anima y como la fuente de donde va a coger su inspiración, su alimento espiritual³⁰, a la manera de los Padres de la Iglesia, de cuyos escritos muestra buen conocimiento. Por eso, el texto de la Escritura no aparece manipulado, o instrumentalizado, sino leído «*in sinu Ecclesiae*» y «*eodem Spiritu quo scripta est*»³¹, en una dimensión profunda y con agudeza de visión, que, partiendo de la letra, escudriña hasta penetrar en las profundidades del escrito inspirado. El desarrollo de su pensamiento a partir del texto sagrado no

27. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n. 232: «Unas palabras que el Espíritu Santo nos comunica por boca del profeta...»; *ibid.*, n. 241: «*Magnificat* —ese canto mariano que el Espíritu Santo nos ha transmitido por la delicada fidelidad de San Lucas»; cfr. tb. *Es Cristo que pasa*, n. 16; *Camino*, n. 67, 244, 760; *Surco*, n. 31, 459, 586, 628; *Forja*, n. 10, 297, 1021.

28. Cfr. SAN EFRÉN, *Comentario sobre el Diatessaron*, en SC 121, 52: «Quién podrá comprender, Señor, toda la riqueza de una sola de tus palabras? Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que perdemos que lo que tomamos. La palabra del Señor presenta aspectos muy diversos, según las diversas perspectivas de los que la estudian. El Señor ha pintado su palabra con muchos colores, para que cada uno de los que la escuchan pueda descubrir en ella lo que más le agrada. Ha escondido en su palabra muchos tesoros, para que cada uno de nosotros se enriquezca con cualquiera de los puntos que medita». Y SAN JUSTINO, en el *Diálogo con Trifón*, II, 121 dice: «La Palabra de Dios es palabra de verdad y de sabiduría, mucho más inflamada y luminosa que el sol, y penetra las profundidades del corazón y de la mente» (PG 6, 757).

29. A. DEL PORTILLO, en JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, p. 11 (Presentación).

30. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n. 40: «Nosotros, que tenemos ya fe en la Iglesia, que nos alimentamos de la Sagrada Escritura...» (cita de SAN GREGORIO MAGNO, *Homilia in Evangelia*, XXXVIII, 11, en PL 76, 1289).

31. Cfr. *Dei Verbum*, n. 12; I. DE LA POTTERIE, *La lettura della s. Scrittura «nello Spirito»*, en «Communio» 87 (1987) 25-41.

se hace por una mera asociación de ideas, sino por vía de un profundizar, que lleva de la mano a una verdadera actualización de los textos. Por eso, no deben ser entendidos como un simple recurso al llamado «sentido acomodaticio», sus frecuentes comentarios que trascienden el sentido literal³².

Podemos intentar saber cómo nació y creció en él esta actitud de amor y veneración a las Escrituras, que le llevó a colocar los Libros Sagrados como fuente de su vida espiritual y de su predicación. Ciertamente tuvieron eco en su corazón las palabras del Papa Benedito XV en la Encíclica *Spiritus Paraclitus*, con ocasión del XV centenario de la muerte de S. Jerónimo: «Exhortamos vivamente a todos los hijos de la Iglesia, y en especial a los que forman en esta disciplina a los alumnos de las Ciencias Sagradas, a que sigan, con ánimo decidido, las huellas del Doctor Estridonense; de eso, sin duda, resultará que estimen este tesoro de las Escrituras como él lo ha estimado y que reciban de su posesión frutos suavísimos de santidad»³³. Y, más adelante, el Papa decía: «Imitando a S. Jerónimo, jamás cesaremos de exhortar a todos los fieles cristianos a que lean diariamente ante todo los santos Evangelios de Nuestro Señor, los Hechos y las Epístolas de los Apóstoles, tratando de convertirlos en savia de su espíritu y en sangre de sus venas»³⁴. Estas palabras del Sumo Pontífice difícilmente podrían venir a ser tomadas más en serio por alguien.

También, por otra parte, cuando leemos las Homilías, quedamos con la impresión de encontrarnos delante de un modelo de predicación preconizado por la Exhortación Apostólica sobre la Catequesis: «La predicación, centrada en los textos bíblicos, debe facilitar, a su manera, que los fieles se familiaricen con el conjunto de los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana»³⁵.

Algunas veces, en sus obras aparecen pequeñas frases bíblicas citadas en latín, según la Vulgata Latina, «*longo tot sæculorum usu in ipsa*

32. A modo de ejemplo: «Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» —Luego, ¿el hombre pecador tiene su hora? —Sí..., ¡y Dios su eternidad!» (*Camino*, n. 734, es una lectura actualizada de Lc 22, 53, que tiene su origen en la visión profunda de fe del Autor). Es la visión profunda de fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, que le lleva, paso a paso, de un insignificante detalle histórico hasta el ocultamiento en el Santísimo Sacramento, como ocurre en este punto de *Camino*, n. 843: «*Non manifeste, sed quasi in occulto*» —no con publicidad, sino ocultamente: así va Jesús a la fiesta de los Tabernáculos. Así irá, camino de Emaús, con Cleofás y su compañero. —Así le ve, resucitado, María de Magdala. Y así —*non tamen cognoverunt discipuli quia Jesus est*», —los discípulos no conocieron que era Él —así acudió a la pesca milagrosa que nos cuenta San Juan. Y más oculto aún, por Amor a los hombres, está en la Hostia».

33. Encíclica *Spiritus Paraclitus*, AAS 12 (1920) 385-422.

34. *Ibid.*

35. Exort. Ap., *Catechesi Tradendæ*, 16-X-1979, n. 48.

Ecclesia probata». Esto se debe no sólo al hecho de que entonces se usaban, en la parenética, fórmulas sintéticas que condensaban la idea central a explicar, sino también a que éstas le surgían espontáneamente, a manera de máximas o sentencias proverbiales, tantas veces meditadas y interiorizadas, fáciles de retener en la memoria, dotadas de una densidad difícilmente expresable en las lenguas vernáculos, y que se coadunan bien con la *lectio divina*. Sin embargo, de ninguna manera se nota que esté aferrado al texto latino de la Vulgata, pues Escrivá sale de él cuando no corresponde a la riqueza de la lengua original. Es el caso del texto de la parábola del hijo pródigo, donde la versión latina empobrece la expresividad del griego, al no valorar el iterativo original cuando dice «*et osculatus est eum*» (y lo besó); por eso, el Autor advierte: «Estas son las palabras del libro sagrado: “*le dio mil besos*”, se lo comía a besos»³⁶. En otro caso, aunque siguiendo la interpretación de la Vulgata, sabe recuperar, en un sutil juego de palabras, otro posible sentido del original griego: «Este Señor que ha venido a traer “*la paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad*”. A todos los hombres que quieren unir su voluntad a la Voluntad buena de Dios»³⁷.

3. LEER LA ESCRITURA EN ORACIÓN, EN UN DIÁLOGO CON DIOS

La lectura del Beato Josemaría de los Libros Santos no constituía una buena lectura más, una simple lectura espiritual o edificante. Era una lectura que se hacía en la oración y se transformaba en oración; sacaba notas de frases de la Escritura para continuar meditándolas, y conservaba muchas de esas notas bajo el epígrafe: «Palabras del Nuevo Testamento, repetidamente meditadas»³⁸.

Hay un punto de «Camino» que permite ver cómo la lectura de la Palabra de Dios se transforma en oración, diálogo con Dios: «“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios”, dijo el Señor. —¡Pan y palabra!: Hostia y oración. Si no, no vivirás vida sobrenatural»³⁹. En la base de este punto de *Camino*, tenemos un texto del Deuteronomio 8, 3, que es actualizado en Mt 4, 4 y Lc 4, 4, y, de nuevo, actualizado por el Beato Josemaría. En

36. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 64. La Vulgata no ha valorizado el verbo iterativo, probablemente por haber tenido en cuenta el abuso de la expresividad que es una de las características del griego helenístico.

37. *Ibid.*, n. 13.

38. Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1984, p. 123.

39. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 87.

todos los pasos de esta interesante intertextualidad, lo que es puesto en evidencia es la Palabra de Dios: en el segundo discurso de Moisés, en paralelo con el *maná-pan*; en los Evangelios, en paralelo con las *pie-dras-pan*; en Escrivá, en paralelo con la *Eucaristía-pan*. Además con la particularidad de que le ha dado un enorme enriquecimiento, pues la Palabra es tomada, ahora, en un sentido más amplio: el de «comunicación», ya no reducida a un simple «canal de comunicación», ni al mismo «mensaje»; poniendo el acento en el *feed-back* de la emisión comunicativa y teniendo en cuenta la meta de la comunicación —que es la comunión del hombre con Dios— la cual se realiza en el diálogo que es la oración. La llave descodificadora podemos encontrarla más adelante, en el n. 535: «Comunión, unión, comunicación, confidencia: Palabra, Pan, Amor». Como hemos acabado de ver, no se da aquí ninguna especie de manipulación del Texto Santo, sino solamente un desvelar un sentido más profundo, por medio de una actualización, que podemos ver cómo se mueve en el ámbito del sentido literal.

Escrivá insiste en que la lectura de la Sagrada Escritura debe ser materia de meditación, de diálogo con Dios, pues para él meditación es oración, y una oración afectiva, en que se enciende el fuego del amor de Dios⁴⁰: «Leed la Escritura Santa. Meditad, una a una, las escenas de la vida del Señor, sus enseñanzas»⁴¹. Y esta meditación es ya contemplación, metiéndose el lector «dentro de las escenas del Evangelio», «como un personaje más», «como un protagonista más»: «Yo te aconsejo que, en tu oración, intervengas en los pasajes del Evangelio como un personaje más. Primero, te imaginas la escena o el misterio, que te servirá para recogerte y meditar. Después, aplicas el entendimiento, para considerar aquel rasgo de la vida del Maestro: su Corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre. Luego cuéntale lo que a ti en estas cosas te suele suceder, lo que te pasa, lo que te está ocurriendo. Permanece atento, porque quizá Él querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvenciones»⁴².

40. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 92: «Et in meditatione mea exardescit ignis». —Y, en mi meditación, se enciende el fuego. —A eso vas a la oración: a hacerte una hoguera, lumbre viva, que dé calor y luz. Por eso, cuando no sepas ir adelante, cuando sientas que te apagas, si no puedes echar en el fuego troncos olorosos, echa las ramas y la hojarasca de pequeñas oraciones vocales, de jaculatorias, que sigan alimentando la hoguera. —Y habrás aprovechado el tiempo».

41. Cfr. ID., *Amigos de Dios*, n. 172. En la misma obra insiste, en el n. 208: «Meditad las palabras de la Escritura».

42. *Ibid.*, n. 253; este modo de hacer oración con el Evangelio, y a partir del Evangelio, «como un personaje más», «como un protagonista más», aparece sugerida con gran frecuencia en los escritos de Escrivá: *Amigos de Dios*, n. 216, 222 y 253; *Surco*, n. 672; *Forja*, n. 8; *Es Cristo que pasa*, n. 107-109; *Santo Rosario*, Prólogo.

4. LEER LA ESCRITURA DEJÁNDOSE INTERPELAR POR DIOS

Escrivá lee la Escritura con la actitud de quien se deja interpelar personalmente por la Palabra de Dios, seguro de su eficacia para lograr la transformación, la identificación con Cristo: «Las palabras de Cristo entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán. Porque *“la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que la espada de dos filos”*»⁴³.

Su lectura de la Sagrada Escritura no va orientada a mejorar conocimientos y cultura bíblica, sino que es una lectura fuertemente comprometida, influyendo directamente en la vida cristiana, en cada una de sus circunstancias: «Esos minutos diarios de lectura del Nuevo Testamento, que te aconsejé —metiéndote y participando en el contenido de cada escena, como un protagonista más—, son para que encarnes, para que “cumplas” el Evangelio en tu vida..., y para “hacerlo cumplir”»⁴⁴.

En este sentido, reviste gran fuerza expresiva aquel punto de «Forja»: «Al abrir el Santo Evangelio, piensa que lo que allí se narra —obras y dichos de Cristo— no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo. Todo, cada punto relatado, se ha recogido, detalle a detalle, para que lo encarnes en las circunstancias concretas de tu existencia. —El Señor nos ha llamado a los católicos para que le sigamos de cerca y, en ese Texto Santo, encuentras la Vida de Jesús; pero, además, debes encontrar tu propia vida. Aprenderás a preguntar tú también, como el Apóstol, lleno de amor: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?...” —¡La Voluntad de Dios!, oyes en tu alma de modo terminante. Pues, toma el Evangelio a diario, y léelo y vívelo como norma concreta. —Así han procedido los santos»⁴⁵.

Es por eso que, por ejemplo, al comentar la vida oculta de Jesús en Nazaret, dice: «Como cualquier otro suceso de su vida, no deberíamos jamás contemplar esos años ocultos de Jesús sin sentirnos afectados, sin reconocerlos como lo que son: llamadas que nos dirige el Señor, para que salgamos de nuestro egoísmo, de nuestra comodidad»⁴⁶.

En sus escritos, y no solamente en las Homilías, se da un constante salto de la Escritura para la vida concreta, y no simplemente como aplicaciones morales, sino como exigencias que brotan espontáneamente de la lectura bíblica, leída *«eodem Spiritu quo scripta est»*. Nos limitamos a indicar en nota una serie de puntos de *Camino*, de donde

43. ID., *Es Cristo que pasa*, n. 107; cfr. Hb 4, 12.

44. ID., *Surco*, n. 672.

45. ID., *Forja*, n. 754.

46. ID., *Es Cristo que pasa*, n. 15.

se parte tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, para enseñanzas ascéticas y morales⁴⁷, así como llamadas de fe a partir de las palabras o gestos de Jesús⁴⁸, o incluso actualizaciones de las palabras de Cristo en los Evangelios⁴⁹. Mons. Javier Echevarría, el actual Obispo Prelado del Opus Dei, que ha convivido muy de cerca con el Beato Josemaría, durante 25 años, hace la siguiente consideración: «Resume la importancia que daba a la meditación continua de la Palabra de Dios este comentario: “si de la lectura de la Sagrada Escritura o de los Evangelios no sacamos consecuencias prácticas para nuestra vida de cada día, es señal de que falta de nuestra parte la atención y el amor debidos, porque esos textos son enseñanzas llenas de vitalidad, de fuerza y de aplicación para todo cristiano que quiera ser coherente con su fe”»⁵⁰.

5. LEER LA ESCRITURA COMO VÍA DE CONTEMPLACIÓN AMOROSA DE CRISTO

San Agustín afirmó: «Consideremos la Escritura de Dios como un campo donde queremos levantar un edificio. No seamos perezosos, ni nos contentemos con la superficialidad. Rasguemos la tierra bien hondo hasta llegar a la Piedra. “Y la piedra era Cristo”»⁵¹. Se puede subrayar el hecho de que la Escritura encamina al Beato hacia Cristo, para contemplarle, para amarlo; por eso el Evangelio le merece una especialísima atención⁵²: «Que busques a Cristo. Que encuentres a Cristo. Que ames a Cristo. —Son tres etapas clarísimas. Has intentado, por lo menos, vivir la primera?»⁵³. Esto corresponde ciertamente a su experiencia personal: en la Escritura busca a Cristo y, después de haber encontrado a quien ama⁵⁴, su amor a Cristo le lleva a volver a la Escritura.

47. Cfr. ID., *Camino*, 92, 95, 183, 216, 244, 306, 326, 360, 435, 460, 480, 586, 613, 636, 666, 712, 715, 760, 785, 972.

48. Cfr. ID., *Camino*, 96, 104, 243, 324, 354, 447, 507, 585, 588, 598, 606, 607, 629, 670, 699, 758, 791, 792, 872, 906, 907, 930, 981.

49. Cfr. ID., *Camino*, 84, 87, 89, 142, 258, 264, 296, 491, 510, 511, 527, 536, 671, 800, 801, 807, 819, 829, 841, 904, 917, 966.

50. J. ECHEVARRÍA, *Memoria...*, o.c., p. 251.

51. SAN AGUSTÍN, *In Ioh. Ev. Tractatus*, 23, 1.

52. Cfr. supra, nota 1. Cfr. tb. A. ARANDA, «El bullir de la sangre de Cristo». *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000.

53. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 382. «Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: “que busques...”»; el joven sacerdote Escrivá ardía en el deseo de contagiar su locura de amor a Cristo a los que trataba, y así escribió a uno de los primeros que le seguía, Ricardo Fernández Vallespín, con fecha de 20-V-33». Cfr. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976, p. 78.

54. «Apenas has comenzado a recorrer el códice, ya has encontrado a aquél que tu amas»: GUILLAUME FIRMAT, en J. LECLERQ, *L'exortation de Guillaume Firmat*, «Analecta Monast». II, p. 26 (Santo Anselmo, 31).

ra, para ahí contemplar a Cristo. La Sagrada Escritura le conduce de la mano a Jesucristo, a conocerle y a amarle apasionadamente.

Escrivá estaba completamente apasionado por Jesucristo⁵⁵, con un amor, un cariñoso afecto y confianza, que ha absorbido y ha alimentado en el Evangelio, como quedó reflejado en estas palabras suyas: «¿Has visto con qué cariño, con qué confianza trataban sus amigos a Cristo? Con toda naturalidad le echan en cara las hermanas de Lázaro su ausencia: —¡te hemos avisado!— ¡Si Tú hubieras estado aquí!... —Confíale despacio: enséñame a tratarte con aquel amor de amistad de Marta, de María y de Lázaro; como te trataban también los primeros Doce, aunque al principio te seguían quizá por motivos no muy sobrenaturales»⁵⁶.

En el contacto con las Escrituras, concretamente con el Nuevo Testamento, él encontraba el medio para caminar hacia la identificación con Cristo, por eso pregunta y responde: «... —Y ¿qué medios tenemos? —Los mismos que los primeros fieles, que vieron a Jesús, o lo entrevistaron a través de los relatos de los Apóstoles o de los Evangelistas»⁵⁷. Por eso también ha escrito: «Hemos de reproducir, en la nuestra, la vida de Cristo, conociendo a Cristo: a fuerza de leer la Sagrada Escritura y de meditarla, a fuerza de hacer oración, como ahora, delante del pesebre»⁵⁸.

El objetivo de su lectura no es una contemplación desconectada de la vida real, sino una contemplación para amar a Dios con obras⁵⁹, en una perfecta unidad de vida. Este objetivo queda bien patente en una frase, ya al comienzo de su primera obra: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: “éste lee la vida de Jesucristo”⁶⁰».

55. Escrivá declaró a un conocido periodista español que su autobiografía se podía sintetizar en estas palabras: «un pecador que ama con locura a Jesucristo»: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, o.c.*, p. 405.

56. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 495. Este amor contemplativo le llevó a escribir en *Camino*, n. 432: «Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos... Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. —Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! —¡tuyo!—, tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía».

57. *Ibid.*, n. 10.

58. *Id.*, *Es Cristo que pasa, o.c.*, n. 14.

59. Cfr. el punto autobiográfico de *Camino*, 933: «Cuentan de un alma que, al decir al Señor en la oración “Jesús, te amo”, oyó esta respuesta del cielo: “Obras son amores y no buenas razones”. Piensa si acaso tú no mereces también ese cariñoso reproche».

60. *Id.*, *Camino*, n. 2.

6. CONCLUSIÓN

Como hemos visto, el tipo de lectura de la Sagrada Escritura que el Beato Josemaría hace —e invita a sus oyentes y lectores a hacer— corresponde substancialmente al tipo de lectura hecha por los Padres y con gran tradición en la vida de la Iglesia, la *lectio divina*, que el documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 15-IV-1993 refiere, en la línea de las enseñanzas conciliares de la *Dei Verbum*, al hablar de la «Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia»; se trata de una lectura meditada, en diálogo con Dios, en una actitud de escucha y de respuesta a las interpelaciones que, por medio del texto, el Espíritu Santo, que la inspiró, provoca en el fondo del alma del fiel; una lectura centrada en la contemplación amorosa de Cristo, en orden a seguirle, identificándose progresivamente con Él. De aquí viene su insistencia: «Leed el Evangelio, vivid el Evangelio, amad el Evangelio...; que, por vuestro conocimiento de la vida de Dios, se pueda decir con realidad que tratáis a Jesucristo, que conocéis a Jesucristo, que amáis a Jesucristo, que imitáis a Jesucristo»⁶¹. Escribá bien podía decir como San Agustín: «en los libros yo busco a Cristo»⁶².

Es interesante notar cómo los escritos del Beato Josemaría suponen una gran vivencia personal de esta *lectio divina*, pues los textos a que alude, cita o comenta, reflejan una extraordinaria familiaridad con las Sagradas Escrituras⁶³, meditadas atentamente, como alimento constante de su rica y profunda vida interior.

Sin embargo, nunca en sus escritos se emplea la designación de *lectio divina* para este su modo de lectura, lo que pone en evidencia que lo que él pretende es hacer la Escritura accesible y familiar a las personas corrientes, empeñadas en seguir a Cristo «*nel bel mezzo della satrada*», descubriendo «*la grandezza della vita quotidiana*», sin peligro de confusión con el estilo de vida monacal o religioso, sin cualquier sabor de la práctica medieval de la *lectio divina*.

Su modo de lectura es sencillo y accesible a todas las personas, sin detenerse a describir los pasos sucesivos a recorrer. Incluso los pasos fundamentales de la *lectio divina* señalados en el referido documento de la Comisión Bíblica —lectura, meditación, oración, contemplación—⁶⁴ no son descritos ni aparecen como pasos sucesivos, pues, por

61. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, en J. ECHEVARRÍA, *Memoria...*, o.c., p. 251.

62. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 12, 2, 4 (PL 32, 811).

63. Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Memoria...*, o.c., p. 251: «Leyó hasta el último día de su vida la Sagrada Escritura».

64. Cfr. *Supra*, nota 8. Entre los promotores contemporáneos de la *Lectio divina*, sobresale el biblista, Cardenal Arzobispo de Milán, Carlo María MARTINI, con muchas publica-

una parte, no quiere detenerse en cuestiones de método, que deja a la libertad de cada lector y a los impulsos del Espíritu Santo, y, por otra parte —un alma contemplativa como él— no pierde el tiempo en distinguir entre lectura y contemplación, meditación y oración, pues todo se convierte en contemplación.

Entretanto, el Beato Josemaría, sin proponer un método de *lectio divina*, tiene una rica experiencia interior que se manifiesta como un camino accesible para que muchas almas puedan «buscar a Cristo», «encontrar a Cristo», «amar a Cristo»⁶⁵, a través de la lectura del texto inspirado. Esta experiencia la describió Álvaro del Portillo en la presentación de otra obra póstuma del Beato Escrivá⁶⁶: «El Fundador del Opus Dei solía afirmar, con sugestiva persuasión, que la vida cristiana se reduce a “seguir a Cristo; éste es el secreto”. Y añadía: “acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos”⁶⁷. Por eso aconsejaba la constante meditación de las páginas del Evangelio, y quienes han tenido la suerte de escucharle comentar algunas de las escenas de la vida de Cristo las han sentido vivas, actuales, aprendiendo a meterse en aquellos pasajes, “como un personaje más”».

ciones y subsidios para una *Schola Verbi*: cfr. *La pratica del texto biblico*, Pieme, 2000; en las pp. 8 y siguientes, propone su método de *lectio divina* con base en «8 pilares que hacen el puente que conecta la Biblia con la vida: “lectio” (¿que dice el texto?), “meditatio” (¿que cosa me dice a mí?), “contemplatio” (ponerse delante del misterio), “oratio” (diálogo con el Señor), “consolatio” (sentir el toque de Dios), “discretio” (discernir valores y contravalores), “deliberatio” (escoger acciones y estilos de vida plenamente conformes al Evangelio) y “actio” (cumplir y vivir de acuerdo...)».

65. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 382.

66. ID., *Amigos de Dios*, n. 299.

67. A. DEL PORTILLO, en JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Via Crucis* (Prólogo), Madrid 1981, pp. 9-10.